

inutilidad de dar paso ninguno en el camino de la reconciliación, en tanto no se admitiera á las negociaciones á todos sus aliados, que eran no sólo los reyes de Nápoles, Portugal y Suecia, sino también los insurrectos españoles. La Gran Bretaña, decía Canning, no está ligada aun á España por ningún tratado formal; mas sí por compromisos que son sagrados á sus ojos. Planteada la cuestión en estos términos, no había posibilidad de arreglo.

Napoleón, seguro en cuanto á Rusia y aplazando para más adelante el arrojarse otra vez sobre Austria, cuyos armamentos seguían, estaba ya camino de España cuando recibió la respuesta del gobierno inglés. Había enviado numerosos refuerzos á la Península, hasta reunir á este lado de los Pirineos doscientos mil infantes y cincuenta mil caballos, divididos en varios cuerpos de ejército, al mando de Ney, Bessiéres, Victor, Merlier y otros. Según manifestó al Cuerpo legislativo el día antes de ausentarse, se proponía coronar en Madrid á su hermano y plantar sus águilas en los muros de Lisboa. El cuatro de Noviembre cruzó el Bidasoa y el cinco entraba en Vitoria, donde á la sazón hallábase José con el cuartel general.

Llenos de patrióticas esperanzas, merced á los grandes éxitos obtenidos por las armas nacionales y las inglesas en los meses de Julio y Agosto, reuniéronse en Madrid el cinco de Septiembre siguiente, á fin de concertar un plan general de ataque y defensa, los generales Castaños, Llamas, Cuesta y la Peña; Palafox y Blake designaron personas que los representaran. Otro hecho importante que á los pocos días se realizó, fué el instalarse en Aranjuez una Junta Central Suprema; pues la independencia con que hasta entonces obraran las provinciales, inevitable y conveniente en los primeros momentos en que faltaba la acción de un poder supremo, era ya incompatible con las mismas necesidades de la guerra y las no menos perentorias del gobierno y administración del país. Se llegó al acuerdo de crear la referida Junta, como término medio entre los partidarios de que se nombrase una regencia y los que abogaban ardientemente por la convocatoria de Cortes; y en testimonio de reconocimiento á las provincias y para no entibiar su entusiasmo, se había convenido en que la nueva Junta se compusiera de representantes de las existentes en aquellas, y tal fué, en efecto, la regla general aplicada en su formación. Como presidente de la Junta Central, se eligió al ilustre patricio conde de Floridablanca, con quien competía en influencia el insigne Jovellanos, y desempeñaba la secretaria el inspiradísimo poeta don Manuel José Quintana, que reemplazó á Garay.

La Junta, de acuerdo con el parecer de la mayor parte de los generales que asistieron á la conferencia de Madrid, diseminó las tropas españolas en una línea muy extensa, de modo que cuando Napoleón traspuso la frontera, ya habían comenzado á tocarse los resultados de semejante desacierto. Para hacer frente á la formidable tormenta que nos amagaba, contábamos escasamente con setenta mil hombres, incluyendo nueve mil que,

noticiosos de los riesgos que corría la patria independencia, habían vuelto del Norte de Europa con el marqués de la Romana, desafiando y venciendo dificultades y peligros. A pesar de ello, los españoles pudieron creer que la suerte iba á continuar sonriéndoles, viendo cómo Blake atacaba la división de Villette y la arrojaba sobre Bilbao, con pérdidas enormes. ¡Vanias ilusiones! El genio militar de Napoleón y la abrumadora superioridad de sus fuerzas eran obstáculos en que necesariamente debía estrellarse el valor de los nuestros, mientras se tratara de batallas formales. Y así aconteció. Los días diez y once de Noviembre, el mariscal Victor derrotaba en Espinosa de los Monteros á Blake, que quiso rehacerse en Reinosa, mas hostilizado y amenazado por Soult, hubo de salvarse metiéndose en lo más áspero y fragoso de las montañas; y el mismo día diez, Napoleón en persona, al frente de cuarenta mil hombres, desbarataba en Gamonal el ejército de Extremadura, compuesto de diez y ocho mil, con los que se dirigiera imprudentemente á su encuentro el conde de Belveder. A consecuencia de este último descalabro, vencedores y vencidos entraron juntos en Burgos, que sufrió los horrores del más despiadado saqueo. Napoleón impuso contribuciones; ordenó requisas de vinos, granos y ganado, y expidió un decreto mandando confiscar los bienes de diez grandes de España y personajes poderosos, condenando, además, á sus propietarios á ser pasados por las armas luego de aprehendidos; y como para encubrir la crueldad de esta medida, concedió al par perdón general y plena amnistía á los restantes españoles que en el plazo de un mes depusieran las armas y renunciasen á la alianza de los ingleses. Mientras tanto, el mariscal Soult se encaminaba á Santander, de que se hizo dueño el día diez y seis, y dejando allí una división para guarnecer la ciudad, se corrió por la costa, con el grueso de su ejército, en persecución de los dispersos y de las milicias asturianas, que huían á su país natal. Vencido el ejército de Galicia y Asturias y deshecho el de Extremadura, Napoleón se propuso destruir el del centro, cuyo jefe era Castaños. Las tropas francesas, acaudilladas por Lannes, y las españolas del citado general se encontraron en Tudela el veintitres de Noviembre, y no obstante el extraordinario arrojamiento de algunos regimientos, fueron derrotadas las últimas con pérdida de treinta cañones, siete banderas, dos mil prisioneros y gran número de muertos. Castaños se retiró á Calatayud y después tomó el camino de Sigüenza, seguido de Lannes, al que se había unido el cuerpo de ejército de Ney.

Libre de enemigos el territorio portugués, sir Juan Moore se había adelantado hasta Salamanca. Napoleón previno á Soult que lo contuviese, y no bien hubo adoptado otras disposiciones para no dejar reponerse á los nuestros, creyó llegada la hora de posesionarse de Madrid, á donde se dirigió con la guardia imperial, la reserva y el cuerpo de Victor. En Somosierra, le disputó el paso el treinta de Noviembre don Benito San Juan, enviado á defender aquel puerto con doce cañones y doce mil hombres, de los que alargó parte á

Sepúlveda, á las órdenes de don Juan José Sardén. Habiendo tenido este último que replegarse á Segovia, después de batirse todo el día veintinueve, San Juan quedó solo en Somosierra, posición débil, dadas las escasas tropas de que disponía, no obstante lo cual, las pequeñas piezas de artillería de los españoles causaron numerosas bajas al enemigo hasta que los lanceros polacos lograron tomarlas á la tercera carga, desbandándose entonces la pequeña hueste de San Juan y dejando descubierta á Madrid. En vista de la aproximación de los franceses, la Junta central resolvió trasladarse á Badajoz, saliendo inmediatamente de Aranjuez los individuos que la formaban. El día dos de Diciembre por la mañana, aparecieron los imperiales en las alturas del norte de Madrid. Napoleón se presentó en Chamartín á las doce, alojándose en el palacio del duque del Infantado. El día dos transcurrió entre escaramuzas é inútiles intimaciones; pero, en la mañana del tres, las baterías francesas rompieron el fuego contra las tapias del Retiro y varias puertas de la población, no tardando en abrir brecha en las primeras, por donde entró la división de Villatte. Aunque la pérdida del Retiro no desalentó á los habitantes, las autoridades acordaron hacer cesar la resistencia á una nueva intimación del Emperador, deseosas de evitar mayores desgracias: don Bernardo Iriarte y don Tomás Morla fueron á conferenciar con los sitiadores, firmándose la capitulación el día cuatro. El marqués de Castelar y el conde de Gante, no queriendo presenciar la entrada, habían salido la noche anterior con la poca tropa que había, el primero camino de Extremadura y el segundo de Segovia. Napoleón sólo una vez vino á Madrid muy de mañana; recorrió las calles y visitó el palacio real, siendo fama que lo que en éste más le llamó la atención fué el retrato de Felipe II, que contempló largo rato. El resto del tiempo lo pasó en Chamartín. Excusado es advertir que, como siempre, prescindió en absoluto de las condiciones pactadas en la capitulación. Tampoco contó en lo más mínimo con su hermano, y expidió varios decretos aboliendo los derechos señoriales y el tribunal de la Inquisición, pero la justicia de estas reformas, con ser tan visible, se obscurecía á los ojos de los españoles desde el momento que eran impuestas por el despotismo extranjero.

José había ido á remolque del ejército en los bagajes, y estaba en Chamartín. Le incomodó que en nada se le consultase, expresó á Napoleón su disgusto y trasladóse al sitio del Pardo. El Emperador pensó entonces retener para sí la corona de España y ejercer el mando por medio de virreyes, para lo que hubiera dividido el territorio en grandes provincias militares; no obstante, desistiendo de esta idea, declaró al corregidor de Madrid que le pedía la vuelta de José, consentir en ceder á éste sus derechos de conquista cuando todos los ciudadanos de la capital le hubiesen dado pruebas de adhesión y de fidelidad, mediante un juramento «que saliese no sólo de la boca, sino del corazón, y que fuese sin restricción jesuítica». Sujetóse al vecindario á la ceremonia exigida, mas ni aun así se dió prisa Napoleón á reponer en el trono á su hermano, tanto que José abochornado con el papel

que le hacía representar, le escribió desde el Pardo suplicándole le admitiera la renuncia de la corona de España.

La ruina de nuestra independencia parecía ser inevitable. En Castilla, tropas y pueblos eran presa de la anarquía; en Extremadura, Galluzo, que había sucedido al infeliz San Juan, asesinado por su gente indisciplinada, se replegaba ante Lefebvre; en Cataluña, donde el curso de la guerra había ido mejor para nosotros, se nos tornó desfavorable con la llegada del mariscal Saint-Cyr, el cual rindió el cuatro de Diciembre á Rosas, después de vigorosa resistencia, hizo el diez y seis grandes estragos en las divisiones de Reding y Vives, que le presentaron batalla entre Llinás y Cardedeu, y volvió á derrotar al primero en Molins de Rey el veintiuno; en Aragón, Moncey sitiaba segunda vez á Zaragoza. En medio de tantas desdichas, no decayó, sin embargo, un punto el valor de los españoles. La Junta central, que á causa del avance del enemigo había elegido como lugar donde residir no Badajoz, sino Sevilla, arbitraba medios de resistencia y se disponía á dirigir un llamamiento á todas las naciones de Europa; Venegas y el duque del Infantado reunían en la Mancha las dispersas huestes; Galluzo, aun retrocediendo, se defendía; Cuesta se dedicaba á reorganizar el ejército de Extremadura; Zaragoza no cedía; la Romana estaba en Galicia; Ballesteros, en Asturias; en fin, las guerrillas, las temibles y atrevidas guerrillas, empezaban á inundar las provincias ocupadas por los invasores, cuyo azote eran.

Napoleón permaneció en Chamartín hasta el veintiuno de Diciembre, en que se decidió á ir, al frente de sesenta mil hombres, en busca de Moore, el cual, unido á su compatriota Baird y operando en combinación con el marqués de la Romana, trataba de batir á Soult. La noticia de que se acercaba Napoleón á la cabeza de numerosas fuerzas obligó á retirarse á ingleses y españoles, y los primeros, después de una marcha difícil y precipitada, llegaron el once de Enero de mil ochocientos ocho á la Coruña, donde esperaban encontrar buques de su nación. No se presentaron éstos hasta el catorce, y Moore se apresuró á enviar á bordo la gente inútil y casi toda su artillería. Confiaba ya en poder embarcar á sus soldados sin necesidad de librar batalla, cuando Soult, que había ido en su seguimiento desde Astorga, donde se quedara Napoleón, le atacó con veinte mil hombres; en la pelea cayó Moore mortalmente herido, continuándola Hope, que le sucedió en el mando, con pérdidas recíprocas, pero sin ventaja de una ni de otra parte. Gracias al auxilio de los moradores, los ingleses pudieron ganar sus naves, dándose á la vela.

La verdadera causa de no haber pasado de Astorga el Emperador, fué el comprender que no lograría impedir el embarque de las tropas británicas. Esto le contrarió mucho: irritábale, asimismo, ver que había vuelto á equivocarse; ni sus triunfos sobre los ejércitos españoles, ni el haber entrado en Madrid, le daban la posesión de la Península. Abandonó, pues, á Astorga el seis de Enero; se detuvo en Valladolid, donde impuso crueles castigos para vengar la muerte de algunos franceses, y desde allí marchó á Francia, el